

Sal_{DE LA} BURBUJA

S U N G K . K W O N



Pacific Press®
Publishing Association

Nampa, Idaho | Oshawa, Ontario, Canada
www.pacificpress.com

Sal de la burbuja

Título del original en inglés: *Burst the Bubble*

Director editorial: Ricardo Bentancur

Traducción: Laura Annet Sámano Lázaro

Diseño de la portada: Gerald Lee Monks

Ilustración de la portada: [istockphoto.com/Ann_Mei](https://www.istockphoto.com/Ann_Mei)

Diseño del interior: Aaron Troia/Diane Aguirre

Copyright © 2019 Derechos reservados por

Pacific Press® Publishing Association

1350 N. Kings Road

Nampa, Idaho 83653

EE.UU. de N. A.

Printed in the United States of America

Todos los derechos reservados

A no ser que se indique de otra manera, todas las citas de las Sagradas Escrituras han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Las citas marcadas con DHH han sido tomadas de la Biblia Dios Habla Hoy® 3a edición © Sociedades Bíblicas Unidas, 1966, 1970, 1979, 1983, 1996. Utilizada con permiso.

El autor se responsabiliza de la exactitud de los datos y textos citados en esta obra.

Puede obtener copias adicionales de este libro en www.libreríaadventista.com, o llamando a 1-888-765-6955.

ISBN: 978-0-8163-9153-0



Octubre 2019

Contenido

Prefacio	5
Reconocimientos	11
Introducción	13
Primera parte: POR QUÉ — ¿Por qué hacemos lo que hacemos?	
Capítulo 1: ¿Por qué existimos?	25
Capítulo 2: Compromiso inevitable y completo con el ministerio	40
Segunda parte: QUÉ—¿Cuáles son los componentes que debemos reconsiderar y replantear?	
Capítulo 3: El movimiento misionero de la iglesia	65
Capítulo 4: El aprendizaje mediante el servicio	80
Tercera parte: CÓMO—¿Cómo cambiar nuestra forma de pensar y de trabajar?	
Capítulo 5: Cómo medir la efectividad del ministerio	103
Capítulo 6: Liderazgo y desarrollo del discipulado	131

Prefacio

Pregúntate a ti mismo: “*Si mi iglesia cerrara sus puertas, ¿lo notaría algún vecino? ¿Le importaría a alguien en la comunidad?*” La iglesia es el lugar donde los discípulos reciben adiestramiento, se desarrollan, se educan, y desde donde se les envía a los vecindarios locales. La iglesia debe impactar positivamente en la vida de los individuos y en sus comunidades más cercanas. Así que, ¿por qué nos estamos haciendo estas preguntas?

Quizá hemos olvidado el sentido de nuestra vida, así como los israelitas se olvidaron del sentido de su vida. Nos hemos olvidado de que debemos ser una señal tangible, que se pueda reconocer y ver, testigos y anticipo del sueño de Dios para el mundo. *¿Por qué estamos aquí? ¿Qué estamos haciendo?* Acaso no sabemos qué hacer con nuestra vida, pero tenemos el deseo de ir al cielo y vivir para siempre.

Quizá hemos llegado a ser muy rutinarios y practicantes mecánicos de la religión. Asistimos a la iglesia mecánicamente, porque es nuestra rutina, y practicamos la religión como hábito. Pero la iglesia no puede ser limitada a un simple culto de adoración; la iglesia no puede ser contenida dentro de sus paredes. Una iglesia no es solo un lugar y un tiempo definido de reunión una vez a la semana. Es más, la iglesia no tiene que ver apenas con seguir tradiciones y mantener el *statu quo*. De hecho, debemos estar fundados en la tradición pero crecer fuera de ella. Si no vamos más allá de nuestras propias tradiciones, seremos inefectivos e ineficientes.

La iglesia debe ser un movimiento misionero. Cada iglesia adventista, cada institución educativa, y aun el sistema hospitalario, debe ser misionero. Rowan Williams, el arzobispo de Canterbury, dijo: “No es la iglesia de Dios la que tiene una misión. Es el Dios de la misión el que tiene una

iglesia”.¹ Por lo tanto, la iglesia ha de ser los pies y las manos de Dios para cumplir la misión de Dios. Necesitamos equipar y capacitar a los miembros de la iglesia para que lleguen a ser trabajadores efectivos con Dios.

Darrel Guder escribió:

Hacemos sonar las campanas, organizamos cultos de adoración... y esperamos que el mundo tan alejado venga a nosotros. Nos paramos tras los púlpitos y predicamos sermones tal como hemos hecho durante todos los siglos previos al surgimiento de esta nueva cultura. Nos aferramos a nuestras discusiones internas sobre doctrina y el orden como si afuera nada hubiera cambiado. En efecto, seguimos hablando el latín eclesiástico, esperando que nuestro campo misionero, nuestro mundo, lo aprenda y responda en nuestro idioma. Pero hay mucho que ha cambiado.²

Debemos dejar de preguntarnos: “¿Qué podemos hacer para atraer a la gente a nuestra iglesia?”, y más bien preguntarnos: “¿Qué está haciendo Dios en este vecindario, y qué debemos cambiar a fin de involucrar a las personas de nuestra comunidad que ya no consideran que la iglesia sea parte de su vida? Por eso, Elena G. de White resume el método de Cristo como un cometido permanente de inversión personal en la comunidad, pues se trata de una relación, y debemos establecer una presencia fiel que permanece hasta la segunda venida de Cristo. El cristianismo es un proceso progresivo; se trata de relacionar a la iglesia con la comunidad mediante la evangelización de persona a persona.

Por lo tanto, en nuestros ministerios de alcance a la comunidad debemos ser empáticos y contextuales: aplicados a la realidad que nos rodea. Debemos escuchar las súplicas de los habitantes de nuestra comunidad. En mi humilde opinión, es un hecho que si un pastor no vive en la comunidad donde está ubicada su iglesia, no tiene un ministerio, tiene una gerencia. Y si los miembros de la iglesia no viven en el mismo vecindario de su iglesia, no son agentes de cambio, no son sal y luz a la comunidad, solo son asistentes al templo.

Lamentablemente, algunos de nosotros estamos tan listos para hablarles a otros de nuestro propio estilo de religión y convencerlos de que tenemos la razón y que ellos están equivocados, que no escuchamos lo que nos están diciendo, y no nos percatamos de lo que están viviendo.

Lee la parábola tan conocida del hijo pródigo en Lucas 15:13-16: “No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente. Y

cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle... Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba”.

Cuando leemos y estudiamos la parábola, a menudo nos enfocamos en la falta de responsabilidad del hijo menor y en cómo malgastó su herencia. Pero si leyéramos la parábola desde la perspectiva contextual específico de un pastor ruso, podrían decir que el problema es circunstancial, no personal. La expresión “hubo una gran hambre en aquella provincia” daría lugar a la pregunta: “¿Dónde estaba el apoyo del gobierno para ayudar en esta situación?” Debido a que viven en una sociedad socialista, esperarían que el gobierno cuidara de *todos* los sobrevivientes del desastre, incluyendo al hijo menor. Para ellos, la parábola no tiene que ver con la responsabilidad personal.

Si los pastores de Tanzania leyeran la parábola, podrían decir que hubo un vergonzoso abandono de parte de la comunidad, porque “nadie le daba”. ¿Por qué la comunidad no le daba algo de comer? Por ser una sociedad con fuertes lazos comunitarios, la gente de Tanzania se cuida unos a otros. Si un vecino está sufriendo, lo cuidan, lo visitan, proveen y ministran para sus necesidades. Dirían que algo estaba mal en la comunidad que rodeaba al hijo pródigo. Por lo tanto, los pastores de Tanzania tampoco concluirían que la parábola tuviera que ver con la responsabilidad personal.

Pero la mayoría de los creyentes piensa que la parábola apunta a la responsabilidad personal, porque el hijo menor desperdició el dinero de su herencia. Quizá todos tengan razón, porque cada uno lee la parábola desde su perspectiva y contexto personal.

En lugar de conectar a la gente con Dios mediante la evangelización y la adoración, conectarla mediante la comunidad y el discipulado, alcanzar a la ciudad con misericordia y justicia, incorporarla en la cultura mediante la integración de la fe y las obras, a veces la iglesia, como los fariseos, quiere controlar y dominar la agenda religiosa, las pólizas y los procedimientos operativos. ¿Dónde está nuestra compasión para acabar con la pobreza? ¿Dónde está nuestra visión para terminar con el hambre en el mundo? ¿Dónde está nuestro sueño para eliminar la trata de personas? ¿Dónde está nuestro deseo de construir hogares felices? ¿Dónde está nuestro compromiso de vivir con integridad, humildad y paz? Somos evangelistas y discípulos a quienes les fascina hacer discípulos.

Si no estamos capacitando, equipando, formando, educando e iluminando a los miembros de la iglesia para que sean luz en su familia, vecindario, comunidad, sociedad y en el mundo, ¿qué estamos haciendo? ¿Por qué existimos? No debemos esforzarnos solo por tener bienes materiales

y estatus social. No debemos aspirar solo al éxito financiero, a la belleza externa, o a progresar en nuestra carrera profesional. Daniel Joseph y Toby McKeehan escribieron: “La causa principal del ateísmo en el mundo actual son los cristianos que reconocen a Jesús con sus labios y después salen por la puerta y lo niegan con su estilo de vida. Eso es lo increíble para el mundo no creyente”.³

Cada adventista debe ser un fiel siervo en la misión de Dios. Debemos alcanzar a todos, compartiendo, cuidando y proclamando las buenas nuevas de la obra redentora de Dios, para que la gente reconozca en nosotros una señal tangible y visible del reino de Dios en la tierra. No se trata de ser la mejor iglesia *en* la comunidad; se trata de ser la mejor iglesia *para* la comunidad.

“Alan Krieder observa que la iglesia cristiana primitiva creció de manera explosiva, cuarenta por ciento cada década durante casi tres siglos, en un ambiente muy hostil”, escribe Timothy Keller.⁴ Krieder continúa: “A la gente le fascinaba [el cristianismo], les atraía como un imán”.⁵ “La *vida* de los cristianos: su interés por los pobres y los débiles, su integridad ante la persecución, su economía al servicio de los otros, su amor sacrificado aun por su enemigos, y su alta calidad de vida comunitaria, atraía al evangelio a los que no eran creyentes”.⁶

La gente debe escuchar, ver, tocar y sentir el cristianismo. Debemos dejar de “no hacer nada”, y enfocarnos en ser una iglesia en vez de solo enfocarnos en programas. Cuando nos enfocamos hacia afuera, nuestros objetivos cambian: comenzamos a enfocarnos en el propósito, en los valores principales, en la visión y en la misión, en colaboración con las comunidades, en el evangelismo mediante el desarrollo comunitario sostenido a largo plazo, en la creatividad, los resultados y el impacto. John Stott escribió: “Las palabras y las acciones de [Jesús] iban juntas, las palabras interpretaban las acciones y las acciones personificaban las palabras. Él no solo anunciaba las buenas nuevas del reino; él hacía ‘señales visibles del reino’”.⁷

Por eso creo que la misión de la iglesia es alcanzar a la comunidad. Dios vino del cielo a la tierra; él extendió su brazo para *alcanzarnos*. Por lo tanto, el propósito de la iglesia es *alcanzar* a nuestra familia, a los vecinos y a la comunidad entera para la gloria de Dios, para que podamos hacer discípulos que se unan a nosotros en este movimiento misionero. El Espíritu Santo inspiró a Nicholas Wolterstorff a decir: “La Escritura es la fuente fundamental para hablar con una voz cristiana y para actuar con una convicción cristiana”.⁸

Permite que la historia de las “cuatro personas” sea un recordativo de nuestra obligación y responsabilidad: “Había un trabajo importante que

hacer, y se le pidió a Todos que lo hiciera. Todos estaba seguro de que Alguien lo haría. Cualquiera lo podía haber hecho, pero Nadie lo hizo. Alguien se enojó por eso, porque era el trabajo de Todos. Todos pensaba que Cualquiera podría hacerlo, pero Nadie se dio cuenta que Todos no lo haría. A fin de cuentas, Todos le echó la culpa a Alguien cuando Nadie hizo lo que Cualquiera pudo haber hecho”.

Una vez más, ¿por qué existimos?

- Hemos sido creados para servir a Dios y a su pueblo.
- Hemos sido salvados para servir a Dios y a su pueblo.
- Hemos sido llamados para servir a Dios y a su pueblo.
- Hemos sido comisionados para servir a Dios y a su pueblo.
- Hemos sido encomendados a servir a Dios y a su pueblo.

¡Somos adventistas!

1. Citado en Alan J. Roxburgh y M. Scott Boren, *Introducing the Missional Church: What It Is, Why It Matters, How to Become One* (Grand Rapids, Michigan: Baker Books, 2009), p. 20.

2. Darrell L. Guder, *The Continuing Conversion of the Church*, The Gospel and Our Culture Series (Grand Rapids, Michigan: William B. Eerdmans, 2000), pp. 95, 96.

3. Daniel Joseph y Toby McKeegan, “*What If I Stumble?*” grabado en *DC Talk* (Forefront/Virgin Records, 1995).

4. Timothy Keller, *Center Church: Doing Balanced, Gospel-Centered Ministry in Your City* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 2012), pp. 284, 285.

5. Alan Krieder, “*‘They Alone Know the Right Way to Live’: The Early Church and Evangelism*”, en *Ancient Faith for the Church’s Future*, Mark Husbands y Jeffrey P. Greenman, editores (Downers Grove, Illinois: InterVarsity, 2008), p. 170.

6. Keller, *Center Church*, p. 285 (énfasis en el original).

7. John Stott, *Christian Mission in the Modern World* (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 2008), p. 29.

8. Citado en Duante Liftin, *Word Versus Deed: Resetting the Scales to a Biblical Balance* (Wheaton, Illinois: Crossway, 2012), p. 16.

Introducción

En mi humilde opinión, la misión de la iglesia es alcanzar a la comunidad. La iglesia existe por esta razón. De hecho, “misión no es primariamente una actividad de la iglesia, sino un atributo de nuestro Dios. Dios es un Dios misionero... Por lo tanto, la misión es el movimiento de Dios hacia el mundo; la iglesia es un instrumento de esa misión. La iglesia existe porque hay una misión, no al revés. Participar en la misión es participar del movimiento del amor de Dios hacia el pueblo, ya que Dios es una fuente de donde emana amor”.¹

Dios vino del cielo a la tierra. Él extendió su mano para alcanzarnos. Por lo tanto, si hemos de decir que somos de Cristo, debemos alcanzar a nuestras comunidades. Elena G. de White escribe: “La iglesia es el medio señalado

por Dios para la salvación de los hombres. *Fue organizada para servir, y su misión es la de anunciar el evangelio al mundo.* Desde el principio fue el plan de Dios que su iglesia reflejase al mundo su plenitud y suficiencia. *Los miembros de la iglesia, los que han sido llamados de las tinieblas a su luz admirable, han de revelar su gloria*”.²

Así que la iglesia fue organizada para alcanzar a la comunidad; es por esta razón que plantamos iglesias. Por eso, la iglesia no puede ser un programa semanal, sino que es la expresión de cómo Dios primero se ha acercado a nosotros. Pero entonces no podemos salir de las tinieblas y solo permanecer en su luz maravillosa; necesitamos volver a las tinieblas y ser agentes de

“Misión no es primariamente una actividad de la iglesia, sino un atributo de nuestro Dios. Dios es un Dios misionero”.
—David J. Bosch

cambio, alguien que hace una diferencia. Dios nos ha escogido para que seamos la sal y la luz del mundo.

Jesús dijo en Mateo 20:28: “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”. Hemos sido creados, salvados, llamados, comisionados y enviados a servir a Dios y a su pueblo. Este es nuestro mandato y esa es la vida que debemos vivir, pero Anatole France dice: “El hombre promedio no sabe qué hacer con esta

“La iglesia es el medio señalado por Dios para la salvación de los hombres. Fue organizada para servir, y su misión es la de anunciar el evangelio al mundo”.

—Elena G. de White

vida; sin embargo, quiere una que dure para siempre”.³ No sabemos qué hacer con esta vida actual, pero queremos ir al cielo y vivir para siempre.

Por eso, Dios concedió a la iglesia tres funciones esenciales para completar su misión de alcanzar a la comunidad: el discipulado, la misión mundial y la transformación de la comunidad. La iglesia debería estar equipando, capaci-

tando, educando, e instruyendo a los discípulos (los agentes de cambio), y llevando el mensaje de los tres ángeles al mundo entero. Dondequiera que estemos, individual o colectivamente como cuerpo de la Iglesia Adventista (en congregaciones, instituciones médicas o educativas, etc.), nuestro entorno debe ser diferente que el del mundo, transformado por nuestra fiel presencia como siervos de Dios.

Jesús como nuestro modelo

Somos testigos de la vida de Cristo en la cruz del Calvario, el gran monumento de misericordia y regeneración, salvación y redención, cuando el Hijo de Dios fue levantado en la cruz.⁴ Elena G de White dice: “El sacrificio de Cristo como expiación del pecado es la gran verdad en derredor de la cual se agrupan todas las otras verdades. A fin de ser comprendida y apreciada debidamente, cada verdad de la Palabra de Dios, desde el Génesis al Apocalipsis, debe ser estudiada a la luz que fluye de la cruz del Calvario”.⁵ La cruz del Calvario es crucial para los cristianos no solo por la muerte y resurrección de Jesús, que expresan los valores fundamentales del plan de salvación, sino más aun por cómo vivió su vida. Como hijos y discípulos de Cristo, debemos imitar su vida.

Jesús vivió como un humilde siervo. Por lo tanto, la esencia de la vida cristiana es ser siervos de Dios mediante el servicio a su pueblo, no solo a los “escogidos” dentro de las cuatro paredes del edificio de la iglesia, sino también a ser discípulos fuera del templo.

El servicio es una trayectoria cristiana. Es creer y decir: “Como verdaderos discípulos, estamos siguiendo a Jesús de principio a fin”, y es fundamental y central para la vida y el ministerio del cristiano. Ser siervos dirigentes es servir *con* Jesús, no solo *a* Jesús. Jesús dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lucas 9:23).

Siervos *con* Jesús

Servir es un requisito esencial para un líder. Dios le dio varios dones espirituales a su iglesia (discípulos, profetas, maestros, ministros, etc.) sin importar el llamado de cada uno; el servicio es el fundamento para todos los dones, porque nos impulsa a dar, ayudar, a ser misericordiosos y hospitalarios. Estos rasgos son aun más cruciales dentro de la iglesia que en el mundo corporativo. Así como nuestro Señor Jesucristo sirvió, debemos nosotros servirnos los unos a los otros.⁶

Sin embargo, tenemos algunos desafíos. Uno de ellos es que no queremos ser siervos, queremos ser líderes. Rick Warren dice: “Miles de libros han sido escritos acerca del liderazgo, pero muy pocos acerca del servicio. Todos quieren ser líderes; nadie quiere ser siervo. Preferimos ser generales que soldados comunes y corrientes. Incluso los líderes cristianos quieren ser ‘*siervos-líderes*’, no solo simples siervos. Pero para ser como Jesús tiene que ser un siervo”.⁷ Bernice Ledbetter, Robert Banks y David Greenhalgh explican la frase “siervo-líder: “Líder” sigue siendo la palabra clave y ‘siervo’ es un mero calificativo. Lo que necesitamos hoy en día no es más *líderes-siervos*, sino que necesitamos más *siervos que dirijan*”.⁸ Si no tenemos el corazón y la actitud de un siervo, no estamos calificados para dirigir.

“Al postrarse con fe junto a la cruz, el pecador alcanza el más alto lugar que pueda obtener el hombre”.

—Elena G. de White

Necesitamos más *siervos que dirijan* y que entiendan que el evangelio debe ser predicado, los perdidos deben ser encontrados, los creyentes deben ser capacitados, los pobres deben ser servidos, el solitario debe ser cobijado por la comunidad, y que Dios reciba el crédito por todo ello.⁹ Elena G. de White escribió: “Al postrarse con fe junto a la cruz, [el pecador] alcanza el más alto lugar que pueda alcanzar el hombre”.¹⁰ La posición más alta no es ser el director, presidente o jefe ejecutivo; el lugar más alto se encuentra al pie de la cruz.

Si uno no tiene el corazón y la actitud de siervo, es posible servir en la iglesia durante toda una vida sin jamás haber sido siervo. Los líderes que no son siervos primero, que no tienen corazón de siervo, son potencialmente

peligrosos. Tienen la tendencia de abusar del poder y consentirse a sí mismos.¹¹ Solo se preocupan de maximizar su propio placer y minimizar su dolor, y generalmente ejercen un estilo de liderazgo destructivo para ellos y sus seguidores.

El líder debe servir tanto a la organización como a sus miembros. Hazte la siguiente pregunta: *¿Pienso más en los demás que en mí mismo? ¿Mi identidad está basada en Cristo? ¿Considero el ministerio como una oportunidad y no como una obligación?* Servir no es simplemente servir a Jesús, sino servir con Jesús. Involucra no solo ser siervos de Cristo, sino además ser siervos con Cristo. Cuando servimos *a* Cristo, dependemos de nuestro propio conocimiento, pero cuando servimos *con* Cristo, dependemos de él y llegamos a ser sus instrumentos.

Demuestra tu amor

En todo el ministerio de Jesús observamos una actitud genuina de servicio hacia la humanidad, sobre todo hacia la gente marginada, necesitada y privada de los derechos de la sociedad. Todos los pobres, los enfermos, los inmundos y los marginados eran considerados pecadores. Jesús extendió el reino de Dios a lugares, a personas y a culturas que los judíos no imaginaban nunca que podían ser valiosos para Dios.¹²

“Solo el método de Cristo será el que dará éxito para llegar a la gente. El Salvador *trataba* con los hombres como quien *deseaba* hacerles bien. Les *mostraba* simpatía, *atendía* a sus necesidades y se *ganaba* su confianza. Entonces les decía: ‘Seguidme’”.

—Elena G. de White

Jesús se lamentaba por las multitudes de desvalidos y llevaba esperanza a sus vidas al ministrar sus necesidades. Mediante un servicio compasivo, Jesús logró construir relaciones de confianza. “Solo el método de Cristo será el que dará éxito para llegar a la gente. El Salvador *trataba* con los hombres como quien *deseaba* hacerles bien. Les *mostraba* simpatía,

atendía a sus necesidades y se *ganaba* su confianza. Entonces les decía: ‘Seguidme’”.¹³ Jesús trataba con cada persona, identificaba y satisfacía sus necesidades y, mediante una actitud de servicio, construía un puente de confianza con ella para luego decirle: “Ven y sígueme”. El método de Cristo requiere un compromiso permanente con la comunidad, porque el cristianismo es una travesía de toda la vida, y se trata de establecer una relación confiable hasta la segunda venida de Cristo. Conectar a la iglesia con la comunidad es un proceso. Debemos ganarnos el derecho

y el privilegio de compartir la verdad que creemos antes de poder decir: “Síguenme”.

El propósito de ser un discípulo no es solo proclamar las buenas nuevas, la palabra de salvación, sino también demostrar el amor de Dios a la gente necesitada. “Es Dios quien nos ha hecho; él nos ha creado en Cristo Jesús para que hagamos buenas obras, siguiendo el camino que él nos había preparado de antemano” (Efesios 2:10, DHH). El por eso que el servicio no es opcional en la vida del cristiano. Hemos sido llamados para mantener y mejorar las condiciones sociales. Somos enviados a fomentar valores celestiales en este mundo. Hemos sido comisionados para ser agentes de cambio en nuestras comunidades.

Desafortunadamente, en su obsesión institucionalista, algunas iglesias han abandonado su verdadera identidad y razón de existir.¹⁴ Como los saduceos, que estaban a cargo de las actividades que se realizaban en el Templo de Jerusalén, nos hemos entregado al materialismo y el ritual religioso; hemos llegado a ser practicantes religiosos sistemáticos y mecánicos. Como los fariseos, quienes controlaban las sinagogas y dominaban la agenda religiosa, las pólizas y los procedimientos operacionales, hemos producido una religión muerta.

La realidad es que, por lo general, a la gente de la comunidad no le interesa demasiado las instituciones religiosas o los clubes sociales. Ellos piensan que la gente religiosa no ve a la gente sino que solo ven causas, conductas y estereotipos. Los no cristianos piensan que la gente religiosa no actúa con sus corazones, sino que piensan y actúan de manera calculadora.¹⁵

En Corea decimos que el amor del padre es racional y que el amor de la madre es emocional. Cuando mi hijo era pequeño, a menudo se caía y se lastimaba. Cada vez que eso ocurría, mi esposa corría tras él para ver si estaba bien, y se aseguraba de que no se hubiera quebrado un hueso. En cambio, yo actuaba de manera lógica. Lo miraba a la distancia y analizaba las circunstancias. Después me acercaba y le preguntaba *por qué se había caído, cómo se había caído, y qué había aprendido de la experiencia*. Mientras que mi niño pedía a gritos un abrazo, yo procuraba entender el “*porqué*”. A veces hacemos eso como iglesia. La gente está pidiendo a gritos el amor de Dios, la seguridad de la gracia de Dios, el perdón y la misericordia, y nosotros, desde lejos, estamos analizando por qué y cómo se cayó.

A veces somos demasiado buenos para decir la verdad sin amor. Tenemos la verdad, y sabemos que la gente la necesita con desesperación, pero tenemos que entender que la gente no va a recibir nuestra verdad porque nosotros no los vemos como personas. Vemos posibilidades, el potencial

y las oportunidades para el crecimiento; nos acercamos a la gente con la actitud de un pescador, y ella percibe nuestro [des]interés.

¿Cuándo fue la última vez que pensaste: *¿Cómo me convierto en un misionero? ¿Cómo me involucro como misionero para transformar a la comunidad?* Puesto que hemos sido llamados al servicio cristiano, debemos llevar el evangelio adonde está la gente, especialmente al mercado laboral. Jesús iba adonde estaba la gente. De la misma manera, necesitamos iglesias ahí donde está la gente: en los centros comerciales, en los supermercados, en las lavanderías, en las escuelas, en los distintos lugares de trabajo, en los restaurantes, en los cafés, etc. Por lo general, la gente no viene a nosotros; por eso tenemos que ir a ellos. Ser siervo requiere que continuamente adoptemos nuevas maneras de pensar y trabajar. No podemos quedarnos dentro de las cuatro paredes de nuestra iglesia y gritarle a la comunidad: “Vengan a ver”. Vengan a ver... *¿qué?* Necesitamos acabar con la mentalidad pasiva que prevalece en nuestra iglesia y comenzar a relacionarnos de manera intencional con nuestras comunidades.

“Puedes encontrar a Calcuta en cualquier parte del mundo. Solo necesitas dos ojos para ver. En todas partes del mundo hay personas que no son amadas, personas que no son queridas ni deseadas, personas a quienes nadie ayuda, personas que son empujadas u olvidadas. Y esta es la pobreza mayor”.

—Madre Teresa

Como siervos líderes, ¿estamos haciendo un impacto en las comunidades donde se encuentran nuestras instituciones? ¿Qué de nuestras iglesias, escuelas, y hospitales? ¿Son estos vecindarios mejores lugares para vivir gracias a nuestra existencia entre ellos? ¿Cuándo fue la última vez que escuchaste a alguien de tu comunidad decir “soy un mejor

padre gracias a tu iglesia”; “soy una mejor madre gracias a tu hospital”; o “soy una mejor persona gracias a tu escuela?” El problema *no está* en nuestra falta de habilidad para hacer esto; el problema es nuestro *orgullo* o *falta de interés en las personas*. Dios ha señalado ese problema de su pueblo a lo largo de las edades. A causa del énfasis en el *institucionalismo* corporativo somos a menudo reacios a conectarnos con la gente fuera de la iglesia. La Madre Teresa dijo: “Puedes encontrar una Calcuta en cualquier lugar del mundo. Solo necesitas dos ojos que ven. En todo lugar del mundo hay personas que no son amadas, que no son queridas ni deseadas, personas a quienes nadie ayuda, personas marginadas y olvidadas. Esta es la mayor pobreza”.¹⁶ Vemos personas con necesidades en cualquier lugar

del mundo, pero el desafío es que no los vemos como hijos de Dios; vemos estereotipos, causas y apariencias externas. Necesitamos orar para que nuestros ojos lleguen a ser como los ojos de Dios, para ver a sus hijos a través de ojos amorosos.

A medida que crecemos como cristianos, se nos enseña y adiestra a vender nuestra marca de religión. Estamos tan afanados queriendo convencer a la gente de que su vida está arruinada, que su fe es errónea, y que sus creencias son incorrectas, que nos olvidamos de considerar que no tenemos la habilidad de escuchar y relacionarnos con ellos.¹⁷ A menudo los vemos como *miembros en potencia* en lugar de verlos como seres espirituales con la misma necesidad de Dios que nosotros. Necesitamos dejar de adiestrar a las personas como mecánicos dentro de la industria de la iglesia y, más bien capacitarlos y equiparlos para que sean discípulos del reino de Dios como siervos-líderes para ‘trastornar al mundo’ (Hechos 17:6). Necesitamos dejar de *ir a* la iglesia en un edificio para *ser* la iglesia en el mundo. Somos *seres* humanos, así que la iglesia debe ser un *proceso*, no solo un *destino*.

Debemos orar por la intervención de Dios en nuestra vida y escuchar las luchas y los desafíos de la gente, y buscar oportunidades de servir y demostrar el amor de Dios. Cuando nos acercamos sincera y desinteresadamente a las personas marginadas, disociadas, excluidas de nuestras comunidades, veremos cambios en su vida y en la comunidad entera. El problema no es nuestra *habilidad* sino nuestra *disponibilidad*.

Los siervos líderes son discípulos cristianos que organizan su vida alrededor de un propósito misionero y que se creen responsables por cumplir la gran comisión.¹⁸ Su organización no es jerárquica sino un círculo plano. Miden su efectividad y el impacto de su ministerio más allá de las paredes de su iglesia al preguntarse:

¿Se puede depender de nosotros? ¿Estamos cumpliendo lo que hemos dicho?

¿Somos puntuales? ¿Estamos cumpliendo lo que decimos cuando decimos que lo haremos?

¿Somos empáticos? ¿Estamos ayudando en una forma aplicable a la comunidad?

¿Cuál es la evidencia tangible? ¿Estamos prestando nuestro servicio de maneras que le dan a entender a la comunidad que estamos supliendo sus necesidades?

A medida que sirvamos a la comunidad mediante el amor y de Cristo y la fe en acción, los cristianos demostraremos lo que significa ser siervos-líderes, y comenzaremos a derrumbar las barreras entre las iglesias y las comunidades. Por eso alcanzar a la comunidad es tanto proclamar las buenas nuevas como demostrar el amor de Dios y la preocupación por cada

alma. Hemos sido llamados a ser siervos en el discipulado. Cuando nos llamamos cristianos, no estamos hablando de un cristianismo *egoísta*, sino de un cristianismo *abnegado*: los discípulos servidores de Jesús.¹⁹ Cuando los demás son más importantes que nosotros, comenzamos a practicar los principios del reino.

Bill Hybels dice que mediante la iglesia, Cristo es “la esperanza del mundo”, y creo que los siervos son la esperanza del reino de Dios.²⁰ Dios nos ha llamado al servicio; esto es indiscutible. Seguimos a Jesús en servicio humilde y amoroso, tal como él mismo era un Siervo humilde. Mediante el modelo de servicio compasivo y el amor de Cristo, podemos guiar a la gente a una transformación espiritual, y entonces transformar al mundo para el reino de Dios en la tierra, así como en el cielo.

1. David J. Bosch, *Transforming the Mission: Paradigm Shifts in Theology of Mission*, edición del 20º aniversario, American Society of Missiology Series, #16 (1991; reimpresso por Maryknoll, Nueva York: Orbis Books, 2011), p. 400.

2. Elena G. de White, *Hechos de los apóstoles* (Mountainview, California: Pacific Press, 1957), p. 9; énfasis agregado.

3. Anatole France, <https://www.great-quotes.com/quote/122613>.

4. Michael Horton, *The Gospel Commission: Recovering God's Strategy for Making Disciples* (Grand Rapids, Michigan: Baker Books, 2011).

5. Elena G. de White, *Obreros evangélicos* (Argentina: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1997), p. 330.

6. Siang-Yang Tan, *Full Service: Moving From Self-Serve Christianity to Total Servanthood* (Grand Rapids, Michigan: Baker Books, 2006).

7. Rick Warren, *La vida conducida por propósitos* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 2002), p. 208.

8. Bernice M. Ledbetter, Robert J. Banks y David C. Greenhalgh, *Reviewing Leadership: A Christian Evaluation of Current Approaches*, 2ª edición (Grand Rapids, Michigan: Baker Academic, 2016), p. 109.

9. La Madre Teresa, <https://www.goodreads.com/quotes/658204-you-can-find-calcutta-anywhere-in-the-world-you-only>.

10. White, *Hechos de los apóstoles*, p. 271.

11. Tan, *Full Service*.

12. Harvie M. Conn y Manuel Ortiz, *Urban Ministry: The Kingdom, the City, and the People of God* (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 2001).

13. Elena G. de White, *El ministerio de curación* (Mountainview, California: Pacific Press, 1959), p. 102.

14. Brenda Salter McNeil y Rick Richardson, *The Heart of Racial Justice: How Soul Change Leads to Social Change*, edición aumentada (Downer's Grove, Illinois: InterVarsity Press, 2009).

15. Ronald J. Sider, Philip N. Olson y Heidi Rolland Unruh, *Churches That Make a Difference: Reaching Your Community With Good News and Good Work* (Grand Rapids, Michigan: Baker Books, 2002).

16. La Madre Teresa, <https://www.goodreads.com/quotes/658204-you-can-find-calcutta-anywhere-in-the-world-you-only>.
17. Kevin DeYoung, y Ted Kluck, *Why We Love the Church: In Praise of Institutions and Organized Religion* (Chicago, Illinois: Moody Publishers, 2009).
18. Kevin DeYoung y Greg Gilbert, *What Is the Mission of the Church? Making Sense of Social Justice, Shalom, and the Great Commission* (Wheaton, Illinois: Crossway, 2011).
19. Philip Jenkins, *The Next Christendom: The Coming of Global Christianity*, 3ª edición, (Nueva York: Oxford University Press, 2011).
20. Bill Hybels, *The Volunteer Revolution: Unleashing the Power of Everybody* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 2004), p. 32.

PARTE I:

**POR QUÉ — ¿Por qué hacemos
lo que hacemos?**

¿Por qué existimos?

El gran llamamiento: Dios es Creador, Redentor y Juez

De vez en cuando consideramos las tres preguntas más fundamentales de la vida:

1. ¿Quién soy?
2. ¿De dónde vengo?
3. ¿Cuál es mi destino?

¿Cuál es la pregunta más importante? En mi humilde opinión, la pregunta clave es la segunda: *¿De dónde vengo?* Basado en la respuesta a esta pregunta, sabrás “quién eres” y “cuál es tu destino”.

Dios nos ha escogido para que seamos un real sacerdocio. Este es nuestro mandato: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9). Dios no nos ha escogido para que seamos reyes o profetas. Yo sé que algunos quisiéramos ser reyes o profetas, pero Dios nos ha escogido como un sacerdocio: siervos. Por definición, los sacerdotes hacen dos cosas: *sirven a Dios* y *sirven a su pueblo*.

Por lo tanto, creo que la pregunta fundamental no es *¿quién soy?*, sino *¿a quién pertenezco?*, porque eso define *quiénes somos* en este mundo. Le pertenecemos a Dios, y hemos sido creados, salvados, comisionados, y enviados a servir: servir a Dios y a su pueblo.

A veces, como cristianos, entendemos muy bien la Palabra de Dios, tenemos mucha teología, conocemos mucho acerca de la fe. Pero este conocimiento no está conectado con nuestro corazón, el que debería estar apasionado por la misión de Dios y para el servicio. Nuestro corazón está

conectado con nuestras manos, para demostrar nuestro compromiso y amor por Dios y su pueblo. Por eso, los que no son cristianos dicen: “Los cristianos no están viviendo en la realidad”. Nuestras palabras están vacías; hablamos del amor de Dios, pero, en realidad, ese amor no existe. Por eso debemos considerar bien nuestros valores y principios. Jesús dice: “Como me envió el Padre, así también yo os envío” (Juan 20:21). Por eso nuestro mandato es ir adonde está la gente y causar un impacto.

Durante el primer siglo, conforme al libro de los Hechos, el cristianismo comenzó y evolucionó. Personas de trasfondo griego, romanos y gentiles se unieron en un movimiento naciente: el cristianismo.

Los fariseos y saduceos comenzaron a ridiculizarlos y a decir que esa gente era peligrosa, que era una enfermedad contagiosa. Los cristianos estaban a punto de revolucionar el mundo. Dijeron: “Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá” (Hechos 17:6). Los fariseos malinterpretaron la misión de Dios, pero calificaron apropiadamente a ese movimiento: Los cristianos son contagiosos y trastornamos el mundo para el reino de Dios, tanto en esta tierra como en el cielo. Para eso existimos.

Pero a veces vamos a la iglesia semana tras semana de manera rutinaria, y participamos mecánicamente en un ritual religioso. Nos volvemos practicantes religiosos en lugar de vivir nuestra vida como discípulos. Oramos todos los días: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:10). Pero, ¿es cierto?

Por eso creo que Dios nos ha llamado a cumplir la misión de trastornar el mundo. Dios nos ha llamado a proclamar el mensaje de los tres ángeles, ese hermoso mensaje de las buenas nuevas eternas: Dios es el Creador, el Redentor y el Juez. Elena G. de White escribe: “El sacrificio de Cristo como expiación del pecado es la gran verdad en derredor de la cual se agrupan todas las otras verdades. A fin de ser comprendida y apreciada debidamente, cada verdad de la Palabra de Dios, desde el Génesis al Apocalipsis, debe ser estudiada a la luz que fluye de la cruz del Calvario”.¹

La cruz del Calvario es nuestro centro; es donde podemos ver no solo la muerte y la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, sino también cómo vivió. Sí, la muerte y la resurrección de Jesús están entre los valores principales de nuestras creencias, pero debemos ver su vida *desde* la cruz del Calvario. En lugar de esto, hemos desarrollado una cultura que separa el reino de la gracia del reino de los cielos. Decimos: “No puede el mundo ser mi hogar, no puede el mundo ser mi hogar; en gloria tengo mi mansión”,² pero mientras cantamos y hablamos del cielo, solo nos importan dos cosas: maximizar nuestro placer y minimizar nuestro dolor aquí y ahora. Pensamos: “Mientras mi vida sea satisfactoria y yo esté contento, ¿a quién le importa que la

gente esté muriendo de hambre, que esté enferma o encarcelada? A mí no me importa. Este no es mi mundo —decimos—, solo estoy de paso”. Tal vez por eso quienes no son cristianos digan que los cristianos son hipócritas. No estamos siendo cristianos de verdad.

Mediante el sacrificio de Cristo estaremos en el reino del cielo, pero *hoy* tenemos una responsabilidad y un deber en el reino de Dios. Estamos viviendo en el reino de gracia sobre la tierra *hoy*, y debemos ser fieles a nuestro deber y responsabilidad en este mundo *hoy*, a medida que practicamos para vivir en el reino del cielo mañana. No debemos enfocarnos solo en el reino del cielo, el reino de la gloria, sino en ser fieles en el reino de Dios, cumpliendo nuestros deberes y responsabilidades.

La vida cristiana es una jornada con Dios. Lamentablemente, el pueblo de Dios no siempre entiende esta jornada, y eso es lo que estaba sucediendo en Lucas 20. Los fariseos se le acercaron a Jesús y le preguntaron *cuándo* había de venir el reino de Dios. Pero Jesús enfatizó que no debemos concentrarnos en el *cuándo*, sino *dónde* está el reino hoy: “El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros” (Lucas 17:20, 21). Jesús estaba hablando de sí mismo y también de nosotros, los discípulos de Dios. Jesús es el reino de Dios, y el reino no está ni aquí ni allá, está dentro de nosotros. El enfoque no está en *cuándo* ocurrirá el reino de Dios, sino en *dónde* está el reino de Dios hoy. Como resultado de nuestra fiel presencia individual y colectiva, como iglesia, ¿hemos hecho algún impacto positivo en nuestra comunidad para el reino de Dios en la tierra?

Después de haber pasado cuarenta días en el desierto, Jesús fue a la sinagoga y leyó:

“El Espíritu del Señor está sobre mí,
 por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres;
 me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón;
 a pregonar libertad a los cautivos,
 y vista a los ciegos;
 a poner en libertad a los oprimidos;
 a predicar el año agradable del Señor.

Y enrollando el libro, lo dio al ministro, y se sentó: y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (Lucas 4:18-21).

Básicamente dijo: Todas las cosas que han oído ahora mismo, se han hecho ya.

Y, ¿cuál fue el resultado de lo que dijo Jesús? “Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira; y levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos, para despeñarle” (vers. 28, 29). La palabra griega para describir *ira* implica que estaban suficientemente enojados para matarlo. Después de haber leído, “hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros”, la gente se enojó. Lo tomaron e intentaron tirarlo del precipicio. ¡Decidieron matar al Mesías!

¿Qué falló en este sábado? Él estaba en la iglesia leyendo la Biblia. ¿Por qué matarían a Jesús? Habían desarrollado su propia teología de la esperanza. A causa de su propia escatología decidieron matar al Mesías.

Isaías 61 es una escritura sagrada y una declaración de misión mesiánica. Tradicionalmente, quienes tenían prestigio y estatus social leían el capítulo 61. Jesús era el hijo de un carpintero, ni siquiera había sido educado en el seminario, y no tenía credenciales académicas, sin embargo estaba leyendo la Sagrada Escritura. Entonces, mientras leía Isaías 61, él agregó estas palabras: “Y vista a los ciegos”. Esta declaración no estaba en Isaías 61. Estaba añadiéndola a la Escritura, y ellos lo consideraban blasfemia. Para ellos él era un Don Nadie, no tenía autoridad, y se atrevió a leer Isaías 61, y agregaba palabras a las Escrituras. Sabemos que Jesús es el autor de toda la Biblia y que tiene el derecho de hacerlo, pero, para ese público, no tenía tal derecho.

Entonces él hizo una vez más lo impensado: ni siquiera leyó lo que los judíos consideraban la parte más importante del libro de Isaías: “el día de venganza del Dios nuestro” (Isaías 61:2). Sino que terminó su alocución con las palabras: “a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová”. La mayoría de los judíos, especialmente los fariseos, no se interesaban en predicarles las buenas nuevas a los pobres, curar las heridas del quebrantado de corazón, liberar a los cautivos, o libertar a la gente que se encuentra en tinieblas; no, ellos solo se enfocaban en el día de la venganza de Dios.

Ellos pensaban: *Cuando venga el Mesías, los romanos estarán fuera, los gentiles estarán fuera, y los samaritanos estarán fuera. Se restaurará la nación de Israel una vez más.* Pero Jesús ni siquiera se molestó en leer esa parte. El leyó: “A predicar el año agradable del Señor”. Este es conocido como el año del jubileo: “Santificaréis el año cincuenta, y pregonaréis libertad en la tierra a todos sus moradores; ese año os será de jubileo, y volveréis cada uno a vuestra posesión, y cada cual volverá a su familia” (Levítico 25:10). Cada cincuenta años, la tierra debía ser devuelta a su dueño legítimo. Todas las deudas eran perdonadas. Si eras un esclavo, te liberabas de tu esclavitud. Este era el sistema de justicia social, el sistema de justicia personal, un

“botón de reinicio” que Dios había establecido cada quincuagésimo año para el beneficio de la humanidad. Pero durante el tiempo entre Malaquías y Juan el Bautista, 400 años, ellos no practicaron el año del jubileo. Reemplazaron las leyes de Dios con sus propias tradiciones; en lugar de observar la voluntad de Dios, ellos desarrollaron sus propias maneras de santificar el sábado.

Así que, durante esos cuatrocientos años ellos desarrollaron su propia teología de la esperanza, y me atrevo a decir escatología, al decir que cuando el Mesías viniera, el año del jubileo sería “la señal” del tiempo. Así que cuando Jesús dijo: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros”, ellos miraron a su alrededor y dijeron: “Yo todavía soy un esclavo”. “Yo todavía tengo deudas; debo mucho dinero”. “¿Qué quieres decir con devolverle la tierra al dueño legítimo? Yo he trabajado duro en esta tierra. No la suelto”.

Ellos lo etiquetaron como un falso profeta, no el Mesías verdadero. Y decidieron matar a Jesús ahí mismo. A causa de su propia teología de la esperanza, su propio entendimiento del fin del mundo, ellos no captaron la declaración misionera mesiánica, que era: *La proclamación de las buenas nuevas de salvación, compasión para los enfermos y entristecidos, y un compromiso majestuoso con la justicia.*

Hoy tenemos esa misma tendencia. Nos enfocamos en el *cuándo*, y perdemos de vista *dónde* está hoy el reino de Dios. Pasamos más tiempo averiguando cuán cerca estamos de la segunda venida de Cristo, que en experimentar el reino de Dios en nuestra vida, *ahora mismo!* Debido a este enfoque, no estamos enseñando ni practicando los valores y principios del reino; en lugar de esto nos enfocamos en las reglas y normas.

Por ejemplo, ¿por qué no gastamos dinero durante el sábado? ¿Será porque ya hemos gastado en los últimos seis días? Si este es nuestro razonamiento, entonces, ¿por qué conducimos en sábado? Deberíamos caminar en vez de conducir. En lugar de comer en sábado, deberíamos ayunar y orar. Quizá deberíamos permanecer en casa y hacernos los muertos o meditar con “San Colchón”. Esto es lo que yo entiendo: no debemos gastar dinero en sábado por el jubileo, por los valores y principios del reino, el sistema de justicia social, que Dios le inculcó a la humanidad. Cuando el rico y el pobre no gastan dinero en sábado, muestran que todos somos iguales, creados por Dios con igualdad social, igualdad ante los ojos de Dios y ante los ojos de la sociedad. El hecho de guardar el sábado demuestra la igualdad social, equidad y liberación personal. Es un recordativo semanal de los valores y principios del reino que debemos enseñar y practicar. A medida que practicamos la justicia social y personal

cristiana, hemos de involucrarnos en la acción social transformadora, la participación cívica a favor de la igualdad, la equidad y la liberación, y la responsabilidad cívica.

Basados en este concepto, debemos buscar la segunda venida de Cristo *desde* la cruz del Calvario. Esto cambiará nuestras perspectivas respecto a la segunda venida de Cristo. No estamos trabajando hacia una victoria, sino

“Descubrir la gracia. Nuestra esperanza es que cuando la gente descubra la gracia, el regalo de la gracia de Cristo y de Dios a través de la cruz, puedan tener un cambio eterno. *Creecer en la gracia.* También esperamos poder ayudarles a crecer en su entendimiento de la gracia. Como resultado de conocer a Cristo, queremos que su vida cambie. *Vivir la gracia.* También queremos que se involucren en vivir la gracia, que encuentren maneras de servir y permitir que la gracia moldee su manera de vivir. Deseamos ayudarles a transformar el mundo donde viven”.

—Rick Rusaw

que estamos trabajando a base de la victoria. No estamos trabajando para obtener la salvación, sino que estamos trabajando *debido a* la salvación. Por eso la salvación no es algo que debemos obtener, sino retener. Por eso se dice: “La salvación es Jesucristo. Punto, ¡y más nada!”

M. Craig Barnes dijo: “Matamos a Jesús, no porque decía que era el Mesías, sino porque llegó a ser como nosotros. Esta es una blasfemia contra nuestras más grandes es-

peranzas de lo que el Mesías haría. No queremos un salvador que descienda a nuestra humanidad. Queremos un salvador que nos rescate de todos los juicios que hemos enfrentado”.³

Quizá tengamos desafíos similares para entender el corazón misionero del Mesías. Con frecuencia se nos olvida que la cruz del Calvario es la primera y más importante razón para nuestra existencia, y que no estamos cumpliendo con nuestra responsabilidad para con el mundo. Mediante la cruz vemos y escuchamos las buenas nuevas, el mensaje de los tres ángeles, que habla acerca de Dios como Creador del universo y de la humanidad, incluyendo el sábado: el Dios que nos liberó de nuestra cautividad y es nuestro Redentor; el Dios que nos liberó de la oscuridad de Babilonia y nos llevó a su luz admirable; el Dios que es el Juez lleno de gracia y misericordia maravillosa. De hecho, nuestro enfoque no debería estar limitado a “cómo seré juzgado”, sino *quién* es el juez y *cuál es mi relación* con el juez. Pertenece-mos a Dios, quien es el Creador, Redentor y Juez. Somos de él. Por eso, el

mensaje de los tres ángeles se trata de buenas noticias, el evangelio eterno. Debemos ser liberados del miedo del juicio, descubrir al Juez misericordioso y lleno de gracia, y vivir de acuerdo con él.

El pastor Rick Rusaw de la Iglesia Cristiana LifeBridge explica la importancia de la gracia de una manera significativa y relevante:

Descubrir la gracia. Nuestra esperanza es que cuando la gente descubra la gracia, el regalo de la gracia de Cristo y de Dios a través de la cruz, puedan tener un cambio eterno. *Crecer en la gracia.* También esperamos poder ayudarles a crecer en su entendimiento de la gracia. Como resultado de conocer a Cristo, queremos que su vida cambie. *Vivir la gracia.* También queremos que se involucren en vivir la gracia, que encuentren maneras de servir y permitir que la gracia moldee su manera de vivir. Deseamos ayudarles a transformar el mundo donde viven.⁴

La gran comisión: evangelista y discípulo

Isaías 61 es la descripción de trabajo del Mesías, y en Isaías 58 está nuestra descripción de trabajo como cristianos. Pero a menudo nos enfocamos en los versículos 13 y 14 del capítulo 58 e ignoramos el resto de la descripción de trabajo. Cuando tienes un trabajo, tienes la obligación de cumplir la descripción del trabajo en su totalidad; es obligatorio que cumplas todos los aspectos de tu trabajo, no solo las partes que te gustan, o te despiden. Y todo el capítulo 58 de Isaías es nuestra descripción de trabajo.

En los primeros cinco versículos se critica al pueblo de Dios porque pretende hacer que el trabajo de Dios se aplique solo a ellos. En los versículos 6 al 11, Dios define el verdadero ayuno, que ha sido mal entendido. Quizá creemos que estamos ayunando en honor a la gente que no tiene comida. Por lo pronto, enfoquémonos en Isaías 58:12:

“Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas; los cimientos de generación y generación levantarás, y serás llamado *reparador* de portillos, *restaurador* de calzadas para habitar” (énfasis agregado).

Dios nos ha escogido para que seamos reparadores y restauradores. La palabra hebrea (*gadar*) traducida como reparar implica que estamos aquí para reparar la relación rota entre Dios y los hombres. Y Dios ha dicho que somos restauradores (*schuwb*), que implica volver atrás, cambiar los valores de la sociedad y ponerlos en consonancia con los valores del reino. Somos agentes de cambio; hagamos un impacto positivo.

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:19, 20). Este texto es llamado “la gran comisión”. ¿Cuando bautizamos a la gente en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, estamos siendo reparadores o restauradores? Reparadores, pues estamos reconectando a la gente con Dios, reconciliando su relación rota. No estamos simplemente mojando a la gente en un rito de iniciación institucional; estamos bautizándolos en una hermosa relación con Dios. Por eso proclamamos el mensaje de los tres ángeles.

Cuando vamos a hacer “discípulos a todas las naciones... enseñándoles”, estamos siendo restauradores. Estamos iluminando, educando, capacitando y equipando a los agentes de cambio: gente que hace una diferencia. Estamos conectando a las personas con Dios y con su pueblo.

Como reparadores y restauradores, tenemos desafíos. El primer desafío es “ir”: ir a donde está el pueblo de Dios. Pero a menudo nos escondemos dentro de las cuatro paredes de la iglesia y le decimos al resto del mundo: “Vengan y vean”. Vengan y vean, ¿qué? Dios dice: “Vayan dónde está mi pueblo”. Hemos desarrollado una actitud pasiva respecto de alcanzar a la comunidad; no nos hemos comprometido proactivamente con la comunidad que existe fuera de las cuatro paredes de la iglesia.

El segundo desafío es “hacer discípulos”: iluminar, educar, capacitar y equipar. Pero nos encanta entrenar a la gente para que actúen de manera mecánica, que trabajen dentro de la industria de la iglesia. Manejamos la iglesia como si fuera una línea de ensamblaje. Como hemos adoptado el modelo de la industria del comportamiento organizacional, nos hemos convertido en un cuerpo religioso institucionalizado. Por ejemplo, nos encanta la palabra *entrenamiento*. Pero no deberíamos entrenar a la gente en la iglesia: debemos *iluminar* a la gente. *Debemos educar y capacitar a la iglesia en el discipulado*. No me opongo tanto a la palabra *entrenamiento*, sino a la actitud detrás de la palabra. La iglesia no es una institución que requiere que la gente sea entrenada en una habilidad específica, tal como la militar, médica o industrial. La iglesia tiene que ver con andar con Jesús y sus seguidores en un proceso de entrenamiento de por vida, para que lleguemos a ser seguidores de Cristo más maduros, y convertirnos en discípulos que siguen sus instrucciones con mayor habilidad conceptual y capacidad reflexiva. Por eso, la sociedad judía del tiempo de Jesús esperaba que el maestro invirtiera por lo menos tres años con sus discípulos. Si pasabas menos tiempo con tu rabino, la sociedad no te reconocía como

su discípulo. ¿Cómo podemos desarrollar discípulos, esos agentes de cambio, si elegimos nuevos dirigentes de iglesia cada año? Eso no es efectivo.

Mediante el liderazgo transicional, tenemos la tendencia de enfocarnos en el desarrollo de las habilidades técnicas para la obra. Sin embargo, para formar buenos discípulos, líderes transformadores, es necesario que nos enfoquemos no solo en las cuestiones técnicas del proceso formativo, sino también en el desarrollo de las relaciones humanas y la capacidad reflexiva a fin de ser agentes de cambio en nuestras comunidades. Necesitamos dejar de entrenar a la gente solo en los aspectos técnicos del ministerio; más bien debemos ocuparnos en capacitar discípulos que adquieran habilidades competentes, intelectuales y reflexivas. (Hablaré de este tema con más detalle en el capítulo seis.)

El tercer desafío es “a todas las naciones”. Cuando Jesús limpió el templo y echó fuera a los mercaderes, declaró que el templo debía ser una “casa de oración para todas las naciones” (Marcos 11:17). Ahí mismo los saduceos decidieron matar a Jesús, por dos razones, una financiera y otra teológica. Cuando Jesús echó fuera a los mercaderes, los saduceos perdieron sus ingresos financieros. Y no les gustó que Jesús se refiriera al templo como una casa de oración para todas las naciones. Para los saduceos, el templo era solamente para los judíos, los israelitas o los guardadores del sábado. En su mente no había lugar para samaritanos ni romanos ni extranjeros en el reino de Dios. Por eso decidieron matar a Jesús. Pero Jesús dijo que el reino de Dios es para todas las naciones.

Tal vez crees que yo asisto a una iglesia coreana. De alguna manera, todos nos parecemos. Nos parecemos en nuestra manera de hablar, de comportarnos y de comer. Para muchos, mi iglesia podría ser una iglesia muy aburrida. Sin embargo, el reino de Dios es para todas las naciones. Dondequiera que esté su iglesia, su membresía debe reflejar la comunidad en la que está inmersa. Si la feligresía de tu iglesia no refleja tu comunidad, algo está mal con tu iglesia. Si la gente de tu comunidad no está asistiendo a tu iglesia, en mi humilde opinión, tu iglesia no está “siendo una iglesia”.

Ya sea que tu feligresía sea afroamericana, asiática, hispana o anglosajona, debe reflejar la comunidad en la que está inmersa. No debe ser simplemente un lugar al que asistes una vez por semana para tu reunión social exclusiva. Para esto se nos ha dado la gran comisión: para proclamar el evangelio a *todos*, no solo a los que se parecen a nosotros. Y para bautizar a la gente en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Debemos servir en armonía, enseñando y obedeciendo todo lo que Jesús nos ha enseñado; debemos atender las necesidades físicas, mentales, sociales y espirituales de toda la persona, y ser testigos en nuestro vecindario.

Reparador	Restaurador
Evangelista	Discípulo
Para proclamar las buenas nuevas	Para demostrar el amor de Dios

En otras palabras, somos reparadores de la relación quebrantada de las personas con Dios, con su familia y con su comunidad. Por lo tanto, somos *evangelistas*, y es nuestro deber y responsabilidad proclamar las buenas nuevas. Como restauradores, debemos hacer la diferencia, ser siervos de nuestro Dios. Entonces, somos *discípulos*, y nuestro mandato es demostrar el amor de Dios. No podemos escoger entre esto o aquello; no es una cuestión opcional. Cada uno de nosotros es evangelista y discípulo.

Cada vez que viajo, hago tres cosas de manera religiosa en el aeropuerto. Oro por el piloto para asegurarme que nos llevará desde aquí hasta allá sin estrellarnos. Oro por el equipo mecánico del avión, para que no haya ninguna falla mecánica. Y, por último, me aseguro de que el avión tenga dos alas, porque el avión no volará si le falta una.

Como cristianos, cada uno de nosotros debemos tener dos alas. Debemos ser reparadores y restauradores. Debemos ser evangelistas y discípulos. Debemos proclamar las buenas nuevas y demostrar el amor de Dios. No importa si eres joven o viejo, hombre o mujer. Cada uno de nosotros ha sido comisionado por Dios para ser un evangelista y un discípulo. Dondequiera que estemos, quienquiera que uno sea, individual y colectivamente, somos evangelistas y discípulos.

No debemos decir: “Yo no soy pastor o anciano. Predicar las buenas nuevas o dirigir una campaña evangelizadora es el trabajo de un evangelista”. Todos hemos sido comisionados para proclamar las buenas nuevas; no hay excusas. Algunos practicamos un modelo dicotómico de dos evangelios separados: el evangelio evangelizador versus el evangelio social. Decimos: “Puedo servir a la comunidad, pero no puedo hacer el trabajo de un evangelista”. Pero no hay compartimentos ni divisiones en el evangelio. Debemos proclamar las buenas nuevas y demostrar el amor de Dios. A veces nos parecemos a los israelitas, que se olvidaron por qué fueron escogidos y su estatus de escogidos. Hemos sido elegidos por Dios para formar parte de su gran plan de salvación, y ser sus instrumentos es nuestro gran honor y privilegio. Hemos sido escogidos y comisionados para proclamar las buenas nuevas y demostrar el amor de Dios. Es indiscutible. Es un requisito obligatorio como hijos de Dios. No tenemos opción. Es lo que nos toca hacer cuando escogemos seguir a Dios.

El gran mandamiento: Ama a Dios y ama a tu prójimo

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:37-39). Porque Dios nos amó primero, nosotros podemos amar: amarlo a él y amar a su creación (ver 1 Juan 4:19). De nuestro amor hacia Dios nacerá nuestro amor al prójimo. Somos llamados a hacer justicia y amar misericordia, a defender la rectitud, a vivir sabia y compasivamente, y a servir a nuestros semejantes. “Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?” (1 Juan 3:17).

Un amigo mío fue a África para ser el orador de unas campañas de evangelización. Durante las semanas que pasó ahí llegó a conocer al jefe de la aldea. Al finalizar la tercera semana, con cierto grado de arrogancia y orgullo le preguntó al jefe: “¿Qué opina usted de mi sermón?” El jefe contestó: “Bueno, oigo muchos truenos... pero no hay lluvia”.

A veces es exactamente como las personas ven nuestra vida cristiana: Somos puro viento. *Decimos* que somos una iglesia amorosa, que practica el perdón, la verdad y la esperanza en la misericordia y gracia divinas, pero qué de nuestro comportamiento. He visitado iglesias tan frías que puedo patinar en el hielo del pasillo.

Nos comportamos como el sacerdote y el levita que pasaron al lado del hombre moribundo, pues nos espantamos y preguntamos: “Si me detengo para ayudar a este hombre, ¿qué me sucederá a mí?” ¡Todo se trata de mí! Pero el samaritano pasó y se preguntó: “Si yo no ayudo a este hombre, ¿qué sucederá con él?” Este es el cristianismo verdadero. Cuando empezamos a poner a otros antes y por encima de nosotros mismos, empezamos a vivir como vivió Cristo; entonces estaremos viviendo nuestras creencias y los principios de Dios.

El cristianismo no se trata de *¿qué puedo obtener?* Necesitamos poner a otros en primer lugar. Jesús vino y murió por nosotros, no porque lo merecíamos, sino porque lo necesitábamos. Muchas personas mueren cada día sin conocer a Dios, sin experimentar su amor y misericordia. Podría parecer que no lo quieren, pero lo necesitan. Por eso proclamamos las buenas nuevas y demostramos el amor de Dios.

Así que la pregunta no es: *¿Quién es mi prójimo?* La pregunta fundamental es: *¿Estoy siendo el prójimo? ¿Estoy siendo el prójimo de todas las personas, todo el tiempo, no solamente el sábado en la mañana?*

En realidad, no somos lo que genuinamente somos el sábado por la mañana. Vamos a la iglesia una vez por semana; nos vestimos y nos comportamos

de manera gentil. Se sabe quiénes somos después del sábado. ¿Aún somos siervos de Dios comprometidos toda la semana, cada momento de la vida? ¿O estamos practicando la religión como los fariseos y los saduceos?

“Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mateo 9:35-37). Así es como debemos ser. No debemos simplemente buscar eventos, sino vivir su ejemplo a diario. Alguien dijo: “La iglesia comienza cuando el culto termina”.

“Tuve hambre, mientras que tú tenías todo lo que necesitabas. Tuve sed, pero tu tomabas agua embotellada. Fui extranjero, y tú querías que me deportaran. Necesitaba ropa, pero tú querías *más* ropa. Estuve enfermo, y tu señalaste los comportamientos que me llevaron a la enfermedad. Estuve en la cárcel, y tú dijiste que tenía mi merecido”.

—Richard Stearns

Cierta vez mi amigo dijo: “El cristianismo es un maravilloso estilo de vida”, y yo me opuse. El cristianismo *no es* un buen estilo de vida; ¡el cristianismo es vida! Si el cristianismo simplemente es un estilo de vida, entonces habría que ser cristianos sin Cristo.

Somos agentes de cambio. Somos evangelistas y discípulos en todo momento de

nuestra vida. “Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Gálatas 6:10).

Para promover la justicia social, Jesús habla en los Salmos:

“Defended al débil y al huérfano; haced justicia al afligido y al menesteroso. Librad al afligido y al necesitado; libradlo de mano de los impíos” (Salmo 82:3, 4).

Esta es la razón por la que debemos ser la voz de quienes no la tienen, defender a quienes no pueden defenderse. Pero muy a menudo nos escondemos detrás de las cuatro paredes de la iglesia y decimos: “Somos una iglesia amante. Vengan y vean”.

Quizá por eso Richard Stearns escribió este pasaje, basado en Mateo 24 y 25: “Tuve hambre, mientras que tú tenías todo lo que necesitabas. Tuve sed, pero tu tomabas agua embotellada. Fui extranjero, y tú querías que me deportaran. Necesitaba ropa, pero tú querías *más* ropa. Estuve enfermo, y tu señalaste los comportamientos que me llevaron a la enfermedad. Estuve en la cárcel, y tú dijiste que tenía mi merecido”.⁵

Michael S. Horton indica que el ministerio de una iglesia es una

institución o embajada establecida por Cristo; debe identificarse por su predicación, bautismos, convivencia y enseñanza de todo lo que Cristo nos enseñó. La iglesia es donde se hacen los discípulos. Las vocaciones del mundo son adonde se envían los discípulos.⁶

La identidad más importante no es ser maestro, abogado, médico, granjero o fontanero; esas son identidades secundarias. La identidad principal es la de ser un discípulo de Cristo. Tú eres su siervo fiel. Por eso, estás obligado a proclamar las buenas nuevas y a demostrar el amor de Dios. Pero la mayoría de nosotros aún no lo entiende.

Cuando tenemos un mensaje pasivo tal como “Ven y ve”, lo único que nos interesa es tener un servicio de adoración semanal, la meta más alta es ser una iglesia atractiva. Y entonces nos convertimos en una iglesia mecánica y sistemática. Vemos a la comunidad como una laguna para pescar. No vemos personas; solo vemos candidatos para el bautismo. No vemos las almas preciosas que pertenecen a Dios, porque solo nos importa tener más miembros en nuestra iglesia.

Mientras vivía en Dayton, Ohio, tuve el privilegio de inaugurar una iglesia coreana en ese lugar y servir como pastor interino. Había varios matrimonios interraciales dentro de una población coreana de aproximadamente doscientas personas. No había muchos profesionales en aquel entonces, ningún abogado, pero sí algunos médicos. Nuestros miembros iban a los hospitales o a las cortes para ser intérpretes para la gente que necesitaba ese servicio.

Un día me llamaron de la corte del condado por un hombre que había sido arrestado mientras manejaba ebrio. Era la tercera vez que lo hacía, así que iban a meterlo a la cárcel y tenía que pagar una fianza de 5.000 dólares. Nuestra cita era para la 1 de la tarde, así que llegué a las 12:30. Pero el acusado llegó a la 1:30. Y cuando llegó, estaba ebrio. ¡No podía creerlo! Estaba a punto de ir a la cárcel por manejar ebrio y tenía que pagar una multa. Pero había llegado tarde y ebrio otra vez.

Pero aquí está lo importante: Cada vez que iba a una cita como esta, llevaba mis tarjetas de presentación, con mi información y las indicaciones de cómo llegar a la iglesia. Normalmente, después de dicha cita, animaba a las personas a ponerse en contacto conmigo y con nuestra iglesia. Ese día, mientras interpretaba para ese acusado, sentí la tarjeta en mi bolsillo. Así que mientras el hemisferio izquierdo de mi cerebro interpretaba, el hemisferio derecho debatía si compartir o no la tarjetita con mi información de contacto con él o no. Al final decidí no compartir mi información.

Estaba más preocupado por *mi* iglesia, *mi* nueva congregación y *mis* hijos. Yo no quería que este borracho fuera a contaminar nuestra nueva

congregación. Como no lo estaba viendo como un alma preciosa que le pertenecía a Dios, estaba viendo sus cualidades y mis conceptos. Demasiado a menudo hacemos eso porque no vemos a la gente como hijos de Dios. A veces los vemos meramente como un proyecto, o como candidatos para el bautismo; pues no nos enfocamos en *salvar a la gente*, sino en solo *ganar almas para el bautismo*.

Por eso tenemos que cambiar nuestra perspectiva de “vengan y vean” a “vengan y estén con Cristo”. Hemos de ser discípulos equipados para ser agentes de cambio; crear una iglesia donde se capacita a los que harán la diferencia. Nuestra comunidad, dondequiera que esté, debe ser diferente al mundo. Debe ser el reino de Dios en la tierra, así como lo es en el cielo, llevando el mensaje de los tres ángeles a los confines del mundo. Esto es una iglesia.

Hay una Iglesia Adventista del Séptimo Día en Paradise Valley, California que, debido a la complejidad del ambiente y de la gente que se mudaba del lugar, estaba en declive. Mientras tanto, gente de todas partes del mundo llegaba a Paradise Valley como refugiados, y la comunidad había cambiado en gran manera. Cuando los miembros de la iglesia comenzaron a servir a su comunidad de manera integral, la iglesia se benefició, y aún sigue creciendo.

Ellos les proveyeron a los inmigrantes exámenes de salud sencillos, les dieron ropa y comida, les enseñaron clases de inglés como segunda lengua, les proveyeron transporte y artículos de primera necesidad. Es decir, la iglesia interactuaba con la comunidad y ofrecía servicios que la comunidad necesitaba. Al cabo de cinco años habían bautizado a más de 350 personas, y hasta hoy siguen haciendo una gran diferencia. Cuando nos enfocamos en cómo salvar a las personas, en consecuencia ganaremos almas, y nuestra

“La vida cristiana no es simplemente agregar a Jesús a la vida de uno, sino renunciar a la manera de vivir de uno mismo para servirlo y estar dispuesto a pagar el costo que sea”.

—John MacArthur

iglesia se beneficiará y crecerá. La iglesia se trata de *salvar a la gente*, no solo de *ganar almas*. Dios gana almas a medida que nosotros ayudamos a las personas en sus desafíos físicos, mentales, sociales y espirituales.

Para eso creo que Dios nos ha llamado, comisionado y pedido que cambiemos el mundo —para revolucionar al mundo. “Estos que trastornan el

mundo entero también han venido acá” (Hechos 17:6).

John MacArthur dijo: “La vida cristiana no es simplemente agregar a Jesús a la vida de uno, sino renunciar a la manera de vivir de uno mismo

para servirlo y estar dispuesto a pagar el costo que sea”.⁷ Debemos recordar: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

Pídele a Dios que te ayude a ser misionero. Pídele que te ayude a ser un siervo fiel. Pídele que te ayude a ser alguien que haga una diferencia. Stearns interpreta las palabras de Jesús en Mateo 28:19, 20: “Vayan, hagan lo que les he dicho, enseñen lo que les he enseñado, actúen como les he enseñado que actúen, y amen así como yo les he mostrado que amen. Construyan mi reino en todas las naciones. Para esto fueron creados”.⁸

¡Seamos evangelistas y discípulos!

1. White, *Obreros evangélicos*, p. 330.

2. *Himnario adventista del séptimo día* (Nampa, Idaho: Pacific Press, 2010), número 325.

3. M. Craig Barnes, *When God Interrupts: Finding New Life Through Unwanted Change* (Downers Grove, Illinois: IVP Books, 2009), versión en *Kindle*, capítulo 4.

4. Eric Swanson y Rick Rusaw, *The Externally Focused Quest: Becoming the Best Church for the Community* (San Francisco, California: Jossey-Bass, 2010), p. 68.

5. Richard Stearns, *The Hole in Our Gospel: The Answer That Changed My Life and Might Just Change the World* (Nashville, TN: Thomas Nelson, 2009), p. 59, (énfasis en el original).

6. Michael Horton, *The Gospel Commission: Recovering God's Strategy for Making Disciples* (Grand Rapids, Michigan: Baker Books, 2011), pp. 231, 232.

7. John MacArthur, “Matthew 8-15”, *The MacArthur New Testament Commentary* (Chicago, Illinois: Moody Press, 1987), p. 24.

8. Richard E. Stearns, *Unfinished: Believing Is Only the Beginning* (Nashville, Tennessee: Thomas Nelson, 2013), p. 52.